

Norman A. Valencia

Gramática y poder en Colombia: el caso de Rufino José Cuervo

Itinerarios. Revista de estudios lingüísticos, literarios, históricos y antropológicos nr 15, 67-82

2012

Artykuł został opracowany do udostępnienia w internecie przez Muzeum Historii Polski w ramach prac podejmowanych na rzecz zapewnienia otwartego, powszechnego i trwałego dostępu do polskiego dorobku naukowego i kulturalnego. Artykuł jest umieszczony w kolekcji cyfrowej bazhum.muzhp.pl, gromadzącej zawartość polskich czasopism humanistycznych i społecznych.

Tekst jest udostępniony do wykorzystania w ramach dozwolonego użytku.

GRAMÁTICA Y PODER EN COLOMBIA: EL CASO DE RUFINO JOSÉ CUERVO¹

Resumen: Este ensayo busca entender el papel del filólogo bogotano, Rufino José Cuervo, en los proyectos políticos y culturales de la “ciudad letrada” colombiana de finales del s. XIX y principios del XX. En general este periodo, marcado por el dominio del partido conservador colombiano, ha sido caracterizado como un momento en que los intelectuales y las élites nacionales trazaron una alianza basada en valores radicalmente anti-modernos. Mi objetivo es señalar que Cuervo no sólo es un miembro atípico de este grupo de letrados, sino que su trabajo científico, cargado de una inusitada modernidad, señala las tensiones y las paradojas constitutivas de esta comunidad intelectual y de su uso de la gramática para legitimar su poder político.

Palabras clave: lenguaje y poder político en Colombia, Rufino José Cuervo, ciudad letrada colombiana, filología en el XIX latinoamericano

Title: Grammar and Power in Colombia: The Case of Rufino J. Cuervo

Abstract: This essay tries to understand the role of the important philologist, Rufino José Cuervo, in the political and cultural projects of Colombia’s “lettered city” at the end of the XIXth century. This period, dominated by the Colombian conservative party, has been described as a moment in which intellectual groups created links with national elites based on radically anti-modern values. My objective is to show that Cuervo is not only an atypical member of this group, but also that his scientific work, marked by an unexpectedly modern approach, signals the tensions and the structural paradoxes of this intellectual community and of its use of grammar as a tool for legitimizing political power.

Key words: language and political power in Colombia, Rufino José Cuervo, Colombia’s “lettered city”, philology in Latin America’s 19th century

¹ Artículo por invitación.

*Y esa forma suya de hablar, con vocablos redondos, duros.
Uno sabe: esto es mío. Se reconoce.
Usó para pensarnos el dialecto que hablamos.*
José Manuel Arango, “Pensamientos de un viejo”

En 1984 aparece, de manera póstuma, uno de los libros más influyentes para los estudios críticos de la literatura y la cultura de América Latina. Un año antes, Ángel Rama, junto con su esposa, la crítica de arte Marta Traba, mueren en un desafortunado accidente aéreo en el aeropuerto de Barajas, de Madrid. La pérdida fue incalculable. Sin embargo, Rama dejó listo un último manuscrito con el sugerente título de *La ciudad letrada*.

Allí, la palabra *ciudad* tiene varios sentidos. En primer lugar, Rama realmente aspira a hacer una reflexión sobre la cultura urbana en el continente. Para ello, señala la forma en que las ciudades en América se alejaron de la “ciudad orgánica medieval” europea, que va creciendo sin un plan previo, según las necesidades de cada momento, para convertirse desde el principio en “modelos ideales concebidos por la inteligencia” (Rama 1998: 17). Se trataba de proyectos urbanos planeados de antemano por un grupo de intelectuales que Rama denomina “letrados”. Estos hombres de letras, legitimados por los discursos académicos de su época y por el poder de la palabra escrita, controlan el destino de quienes habitan las urbes al imponer sistemas económicos, políticos y culturales que van de la mano con la planeación conceptual de los nuevos espacios cívicos.

Sin embargo, el sentido literal de la palabra *ciudad* en el título se va ampliando para dar paso a otros significados. La “ciudad letrada” se convertirá también en esa misma comunidad de intelectuales que, ante los profundos cambios que se dan desde la conquista hasta principios del s. XX, tienden una serie de ambiguas alianzas con el poder con el fin de mantener un lugar preeminente en sus comunidades. Así, intelectuales y políticos generan un espacio conceptual compartido, una “ciudad” desde la cual diseñan sociedades ideales, opuestas al caos real de sus mundos circundantes. En el siglo XIX, esta comunidad tendrá la responsabilidad de imaginar el orden de las nuevas naciones, fraccionadas por las luchas de independencia, por conflictos territoriales con países vecinos y por guerras civiles entre facciones que luchan por el poder. Gracias a sus sugerentes análisis, Rama abrió un fértil panorama crítico para trabajos posteriores en diversos campos de estudio: el tema urbanístico, los estudios coloniales y poscoloniales en América Latina, y muy especialmente, los vínculos históricos entre los intelectuales y el poder político en el continente.

En 1993, el historiador británico Malcolm Deas publica un texto que, en sintonía con algunos de los planteamientos generales de Rama, abre una vía de investigación en torno a una “ciudad letrada” específicamente colombiana. *Del poder y la gramática y otros ensayos de historia, política y literatura colombiana* se convierte rápidamente en un texto de referencia, particularmente por uno de sus ensayos titulado “Miguel Antonio Caro y amigos: gramática y poder en Colombia”. Allí, Deas hace un seguimiento de la relación peculiar que se da en el ámbito colombiano entre los estudios sobre la lengua y el poder político. En primer lugar, señala que esta relación se da con mayor intensidad entre 1885 y 1930, en un período de radical hegemonía del partido conservador colombiano. Durante este período, importantes lingüistas y literatos, como Miguel Antonio Caro, José

Manuel Marroquín, Rafael Núñez y Marco Fidel Suárez, ocuparon los más altos puestos políticos a nivel nacional. Todos fueron presidentes, con la excepción de Caro, quien fue vicepresidente de Núñez, aunque en realidad, a causa de la enfermedad del presidente y luego de su muerte, ejerció efectivamente el poder entre 1892 y 1898. Adicionalmente, Caro fue el arquitecto y redactor de la constitución de 1886 que estuvo vigente por más de un siglo, hasta la implementación de la constitución actual en 1991. Según Deas, la importancia del discurso filológico y lingüístico era de tal magnitud que incluso los enemigos de este régimen conservador tuvieron que adentrarse en el estudio de la lengua para hacer política. Así, Rafael Uribe Uribe, quizás la figura más representativa de la oposición liberal del momento, no sólo cuenta en su producción escrita con textos políticos como *De cómo el liberalismo político colombiano no es pecado* (1912), sino que también escribió un *Diccionario abreviado de galicismos, provincialismos y correcciones de lenguaje* (1883). Con el fin de debatir en igualdad de condiciones con Caro en el congreso, Uribe Uribe estudia latín con un profesor contratado y confronta a su contendor diciéndole que “no es el único latinista en el senado” (Deas 2006: 28).

El ensayo de Deas señala, por lo tanto, una particularidad de la “ciudad letrada” colombiana durante la hegemonía conservadora de finales del XIX: la importancia del discurso sobre la lengua como herramienta de legitimación política. Mientras que en otros países del continente los discursos de la ciencia, el positivismo y la industrialización eran los que legitimaban las pretensiones políticas en la “ciudad letrada”, Colombia se caracterizó por un humanismo letrado, filológico, basado en el estudio de la palabra, que servía como herramienta de legitimación para sus élites. Deas, a partir de una detallada investigación histórica, señala los elementos más representativos de este período de hegemonía conservadora:

1. Este régimen estuvo abiertamente vinculado con la Iglesia y con los valores católicos en general.
2. Si bien no todos sus líderes eran bogotanos, “es la cultura bogotana la que los informa” (35).
3. En términos de la lengua, el principal interés académico de este grupo es mantener la “pureza” del español en Colombia, es decir, mantener su carácter ortodoxo e “hispánico”. Según Deas, esta defensa prescriptiva e hispanista de la lengua “radicaba en que la lengua permitía la conexión con el pasado español, lo que definía la clase de república que estos humanistas querían” (48).

El ensayo de Deas termina por caracterizar a la “ciudad letrada” colombiana de fin de siglo como un espacio no sólo conservador, sino anti-moderno, basado en valores como el hispanismo, el catolicismo, y la imagen de una “lengua pura” que resultan incompatibles con la modernidad que se estaba gestando en naciones como Francia, Inglaterra o los Estados Unidos. Más aún, en manos de estos intelectuales colombianos la pureza hispánica de la lengua, al igual que sus valores radicalmente católicos, estarían ligados a una cierta renuencia a la influencia lingüística y política extranjera (particularmente de Francia). Por último, ese conservadurismo lingüístico se vincula con la primacía de una norma hispánica que, indirectamente, estos intelectuales vincularon con la cultura del centro geográfico y político del país (Bogotá y su zona de influencia) frente a otras regiones colombianas.

El ensayo de Deas generó un gran interés frente a esta peculiar relación entre gramática y poder en Colombia, y fue precisamente desde Colombia donde sus hipótesis y descripciones alcanzaron un mayor desarrollo en términos ideológicos y políticos. La ensayista colombiana Erna von der Walde realizó dos importantes artículos, titulados “Limpia, fija y da esplendor: el letrado y la letra en Colombia a fines del siglo XIX” (1997) y “Lengua y poder: el proyecto de nación en Colombia a finales del siglo XIX” (2002), en los cuales toma algunas de las hipótesis de Deas y las desarrolla para dar una imagen más precisa de la “ciudad letrada” colombiana, del papel que cumple la gramática como herramienta de legitimación del poder político, y de la labor del intelectual colombiano en el proceso de construcción nacional en aquel momento. En lo que sigue, me referiré específicamente al segundo ensayo, donde las ideas de la autora se encuentran más desarrolladas.

Von der Walde retoma los valores que Deas señala como esenciales para la hegemonía conservadora (hispanismo y pureza de la lengua, catolicismo, centralidad de lo bogotano), y plantea una hipótesis sobre su importancia en este período. Comienza con el catolicismo y se pregunta por qué razón, después de un largo régimen liberal y secular (los cerca de treinta años de los Estados Unidos de Colombia, entre 1861 y 1886), el pueblo colombiano aceptó sin más el regreso de los valores católicos ultramontanos de Núñez y Caro. Para ella, esto se debe a que el catolicismo estaba íntimamente vinculado a la idea de una nación unificada, y a la intervención conceptual de una “ciudad letrada” en ese proceso. Para los letrados conservadores de fin de siglo, el catolicismo y la unidad de la lengua fueron modelos abstractos (elementos de lo que Rama llama una “ciudad ideal”) que podrían servir para pensar en una unidad nacional que no había sido posible desde la independencia. Para von der Walde, esta necesidad de buscar modelos ideales de unidad se debía a que durante el régimen liberal anterior, el proceso de modernización cultural, económica y política se dio específicamente para las élites, pero no para las mayorías que seguían sintiéndose excluidas del proyecto nacional (2002). Los ciudadanos habrían aceptado los valores de la hegemonía conservadora, conocida como la “Regeneración”, precisamente por el hecho de que la unidad de la lengua y el pensamiento vinculante del catolicismo habrían servido como sustento conceptual para una posible unidad nacional que no se había podido construir a partir de los discursos modernos importados por los pensadores liberales. Von der Walde cita entonces a un defensor radical de los valores católicos de la época, monseñor Rafael María Carrasquilla quien señala que en Colombia “no hay sino dos vínculos que unan: la lengua y la religión” (2002).

Así, en un momento de guerras civiles permanentes, y de una nación fragmentada, el pueblo colombiano acepta el regreso de una serie de valores conservadores (en lugar de darle continuidad a un proyecto liberal) porque aspira a encontrar en ellos una herramienta de unidad nacional. La idea de unidad implícita en el discurso católico y en la imagen de una lengua pura, hablada de igual manera por todos, gracias a la influencia de gobernantes que a su vez son gramáticos, se habría convertido en una herramienta conceptual para contrarrestar la fragmentación nacional, y en un discurso que daría legitimidad al proyecto político y cultural de la Regeneración. Para von der Walde, por lo tanto, la idea de la pureza de la lengua cobra sentido específicamente dentro de un proyecto de consolidación de la *nación* por parte de una élite intelectual.

Con respecto a la centralidad de lo bogotano, que Deas señala como una característica propia de la Regeneración conservadora, von der Walde ofrece una lectura ideológica y política más radical. A pesar de que catolicismo y pureza de la lengua prometen ser herramientas de unidad nacional, en realidad funcionan como mecanismos de exclusión. Esta exclusión, basada en la construcción de una “ciudad letrada” cerrada, es visible de varias maneras. Una de sus primeras expresiones sería la fundación de una Academia Colombiana de la Lengua (1871), situada en Bogotá, y con únicamente doce miembros (como los doce apóstoles, señalando un claro vínculo con el catolicismo) que tienen una relación mínima con el resto de la cultura del país. La defensa de una norma hispánica y de su contraparte, el habla culta de Bogotá, en lugar de unificar a la nación terminaría por excluir a aquellos que no se ciñen a esta norma. Esta lista de excluidos incluye a quienes no conocen el habla culta bogotana, a las regiones periféricas de Colombia, y a las comunidades indígenas y afrodescendientes que no hablan un “español puro”, y que por lo tanto no tendrían voz dentro de este proyecto nacional. A partir de esta conceptualización de la nación, se habría construido la centralidad en el poder de una élite bogotana, basada en una “ciudad letrada” que excluye a quienes por cuestiones geográficas, de clase o de etnia, no tienen acceso a la norma culta, bogotana, de la lengua. Según von der Walde:

El bogotano corriente sabrá, a partir de 1867 hasta hoy que su castellano es tan sólo una desviación de la norma y también, que por eso mismo es un excluido del poder. Ni qué decir del resto del país, plagado de hablas regionales en las que incluso se escribe poesía y narrativa, pero que quedan excluidas de la verdad, de la palabra, por ser desviaciones de la norma. (2002)

La elección del año 1867 como una cesura no es gratuita. Se trata del momento en que Rufino José Cuervo lleva a la imprenta uno de sus textos más importantes, las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*. Este texto, sin embargo, sólo salió publicado en 1872. La mención indirecta de Cuervo en este fragmento nos permite entrar a dialogar con estos autores y empezar a dilucidar cuál fue exactamente el papel del filólogo bogotano en la “ciudad letrada” colombiana de finales del XIX y principios del XX.

Comencemos señalando un aspecto de importancia: tanto para Deas como para von der Walde, el modelo que encarna esta visión de la relación nacional entre gramática y poder es Miguel Antonio Caro. Hay, claro, otras figuras como José Manuel Marroquín o Marco Fidel Suárez, pero es en su figura en que se vinculan más íntimamente la participación directa en el poder político con el saber filológico y gramatical. Sin embargo, la figura más destacada de la “gramática” colombiana, el filólogo más representativo de esta generación no es Caro, sino Rufino José Cuervo. En lo que resta, quisiera señalar cómo Cuervo es una figura que enriquece la discusión que plantean Deas y von der Walde. Su compromiso intelectual y científico con el estudio de la lengua lo lleva a producir hipótesis lingüísticas, políticas y culturales de una modernidad inusitada, que señalan algunas de las contradicciones implícitas en el proyecto conservador de finales de siglo.

Algunos de los elementos que Deas y von der Walde definen como esenciales del régimen conservador se aplican a la perfección a la figura de Cuervo. El ilustre filólogo era

abiertamente católico, y su vida estuvo marcada por un tono casi monástico. Asimismo, es bien sabido que ideológicamente era conservador, entre otras cosas porque su padre, Rufino Cuervo Barreto, fue uno de los fundadores del movimiento que se convertiría en el partido conservador colombiano (Santos Molano 2006: 31). A lo largo de su obra, estas tendencias son evidentes.

Sin embargo, hay algunos elementos que, de entrada, muestran a Cuervo como un miembro atípico de la “ciudad letrada” colombiana. En primer lugar, nunca ejerció la política. Su padre sí fue una figura vinculada al poder, y fue vicepresidente y presidente encargado de la nación. Sin embargo, su séptimo hijo nunca se adentró realmente en el poder, a pesar de que sus amigos trataron de involucrarlo. En 1867, Cuervo se presenta a la lista de representantes del departamento de Cundinamarca, en parte por la insistencia de Caro. Sin embargo, a los dos meses retira su nombre de la lista (Santos Molano 2006: 79). Más adelante, en una carta a Rafael Pombo, Cuervo recuerda que sólo votó una vez en su vida. En esa ocasión, presencié un flagrante fraude: “(...) vino Garay, alcalde, con cuatro alguaciles, y antes de comenzar el escrutinio tomó la urna y llevándola a la esquina noroeste del capitolio, la vació en el caño” (Cuervo 1974: 297). A partir de ese momento, no volvería a votar.

A esta renuencia a participar en política habría que agregar un hecho adicional: hay bastante evidencia de que Cuervo era, en determinados casos, una persona abierta frente a otras posturas políticas e ideológicas. En su adolescencia, otro importante filólogo colombiano, Ezequiel Uricochea, fue su maestro de alemán. Esta amistad, una de las más profundas en la vida de ambos, continuó hasta la muerte de Uricochea en 1880. Este último era no sólo un liberal bastante radical, sino que además era ateo, y a menudo se burlaba de Cuervo en su correspondencia, recalando que debía dejar su “beatería” y dedicar sus energías al estudio y no a la religión; su amistad nunca sufrió por estos detalles. Otro gesto que muestra el carácter tolerante de Cuervo se da en las *Apuntaciones críticas* en las cuales, de manera sorprendente, cita a Rafael Uribe Uribe como autoridad para hablar de la situación lingüística de la región de Antioquia. La cita, dedicada al uso diferenciado de las formas *frijol* y *frisol* en diferentes regiones de Colombia, señala que en Antioquia se mantiene la forma más española, *frisol*, debido a “la mayor homogeneidad de los primeros pobladores, que fueron en gran parte isleños, entre los cuales dominaba el habla andaluza, más conforme en ese tiempo con la castellana y, por otra, al aislamiento en que (según indica D. R. Uribe Uribe) vivió por largo tiempo aquel país montañoso” (Cuervo 1939: XVII). Esta alusión aparece en la última versión del prólogo de las *Apuntaciones* que Cuervo dejó preparada. Debió trabajar en ella entre 1907 (fecha de la quinta edición, última en aparecer durante su vida) y 1911 (fecha de su muerte)². Para ese entonces, ya había pasado uno de los períodos de mayor actividad revolucionaria y liberal de Uribe Uribe, luego de la Guerra de los Mil Días (1899-1902). Cuervo, por

² Este prólogo sólo apareció mucho después, primero como un tomo en una colección llamada “Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana” (1935) bajo el título de *El castellano en América* y luego, con múltiples correcciones, en la séptima edición del texto (1939). La sexta edición, publicada póstumamente en 1914, reproduce el prólogo de la quinta. La edición definitiva, realizada por el Instituto Caro y Cuervo (1987) como parte de las *Obras* de Cuervo, incluye el prólogo a la primera edición y este último prólogo que el filólogo preparó antes de su muerte.

lo tanto, no tuvo inconvenientes en darle crédito intelectual a quien sería, por naturaleza, su más acérrimo opositor político.

Estas son simples anécdotas de la vida de Cuervo, pero apuntan a un hecho significativo, no sólo de su personalidad, sino de su participación atípica dentro de la “ciudad letrada” colombiana de finales del s. XIX. A partir de estos datos es posible entrever que su compromiso con el estudio científico de la lengua tenía una cierta prioridad frente a sus creencias religiosas y políticas. Mi hipótesis central es que esta imagen tolerante y abierta de Cuervo también se hace presente en sus textos filológicos. En ellos, la evidencia científica lleva al filólogo bogotano a producir conclusiones que irían en contradicción con el conservadurismo del momento, cuando su trabajo intelectual lo guía en esa dirección. El respeto de Cuervo por la evidencia, por el trabajo científico e intelectual, lo llevan a cuestionar, en múltiples ocasiones, los valores conservadores que informaron su educación (vínculos entre la unidad nacional y la gramática, defensa de lo hispánico, pureza de la lengua) y que fueron parte esencial del proyecto político y cultural de la Regeneración.

Para constatar esta vertiente moderna en el pensamiento de Cuervo es importante hacer un seguimiento a su desarrollo intelectual y, por ello, leer tanto sus textos tempranos como los tardíos para seguir la manera en que sus ideas van cambiando con el tiempo. Uno de los textos privilegiados para hacer este tipo de seguimiento es las *Apuntaciones críticas*, precisamente porque Cuervo las modificó incesantemente desde 1867, hasta una sexta edición preparada completamente por él, que apareció de manera póstuma en 1914, tres años después de su muerte. Hay un trabajo de más de 40 años en este texto. Por ello es necesario leer allí toda una trayectoria intelectual, llena de cambios. Esta transformación se hace evidente al constatar las variantes que se dan en una de las partes más significativas del texto: su prólogo. Allí, el autor plantea el plan general de su obra y, al mismo tiempo, muestra los elementos conceptuales que la fundamentan. El prólogo a la primera edición se ha convertido en un verdadero clásico de la literatura colombiana. El siguiente pasaje, que inicia el numeral II del mencionado texto, es uno de los más citados de toda su obra:

Nada, en nuestro sentir, simboliza tan cumplidamente la Patria como la lengua: en ella se encarna cuánto hay de mas (sic) dulce y caro para el individuo y la familia, desde la oración aprendida del labio materno y los cuentos referidos al amor de la lumbre hasta la desolación que traen la muerte de los padres y el apagamiento del hogar; un cantarcillo popular evoca la imagen de alegras fiestas, y un himno guerrero la de gloriosas victorias. [...] De suerte que mirar por la lengua vale para nosotros tanto como cuidar los recuerdos de nuestros mayores, las tradiciones de nuestro pueblo y las glorias de nuestros héroes; [...] (Cuervo 1867-1872: VI)

Este pasaje está en consonancia con las hipótesis de Deas y von der Walde. Muestra cómo en Cuervo la defensa de la lengua está vinculada a la nacionalidad en su versión más conservadora, basada en valores como la familia, el catolicismo, la concepción épica e idealizada de un pasado cargado de violencia y, en general, en una defensa de la tradición. En el párrafo siguiente, Cuervo se pregunta por la norma lingüística que debe

regir esta defensa de la tradición y la patria y responde: “Ya que la razón no lo pidiera, la necesidad nos forzaría a tomar por dechado de nuestra lengua a la de Castilla, donde nació y, llevando su nombre, creció y se ilustró con el cultivo de eminentísimos escritores, envidia de las naciones extrañas, y encanto de todo el mundo” (6). Hispanismo, pureza de la lengua, tradicionalismo y nación, todos estos elementos parecen confirmar la imagen que tanto Deas como von der Walde presentan de la ciudad letrada colombiana de finales del XIX. Al leer este pasaje podríamos ver en Cuervo a un miembro ortodoxo de esta comunidad intelectual.

Sin embargo, es de notar que Cuervo escribió este texto cuando apenas tenía 22 años. Como dijimos, sus *Apuntaciones* tuvieron múltiples ediciones durante su vida, que él mismo preparó hasta el momento de su muerte. En este periodo de tiempo el texto sufrió una serie de cambios que merecen ser analizados. Por ejemplo, en la cuarta edición de 1885, comenzamos a notar algunos cambios de interés. Allí, el primer párrafo ya citado del numeral II del prólogo, empieza a seguirse por un párrafo adicional que matiza su sentido:

Pero: ¡benéfica influencia de la lengua! La patria, para el que no ha visto más que su aldea ni ha oído hablar de comarcas situadas fuera del horizonte que alcanza á [sic!] divisar, no representa más que una corta parentela, un reducido círculo de conocidos apegados al terruño. A medida que la cultura crece, los límites se ensanchan, el corazón se abre a nuevas aspiraciones; y cuando las letras y las ciencias han fecundado cumplidamente un espíritu, ya la patria no cabe en las demarcaciones caprichosas de la nacionalidad. (Cuervo 1885: II)

Ya aquí la relación que se da entre lengua y nación se hace más compleja. La idea nacional se torna artificial y limitada, por lo cual se da paso a otro tipo de consideraciones. Además, es la lengua, con su “benéfica influencia”, la que permite pensar en una patria que va más allá de los límites arbitrarios de la nación. Cuervo se refiere aquí, en parte, a su interés en pensar el problema del español en términos iberoamericanos, y en la necesidad de mantener un vínculo real entre todas las naciones hispanohablantes a partir de la lengua. Es claro, en todo caso, que la vinculación entre la lengua y un proyecto político nacional unificado va cediendo en el prólogo. La lengua como objeto de estudio deja de estar vinculada completamente al concepto de nación, algo que el propio Deas ya señala en su ensayo (cf. 2006: 48). Mientras que en el primer prólogo la patria es la encarnación misma de una serie de valores tradicionales (entre los cuales la lengua ocupa un lugar central), en versiones posteriores del texto se matiza esta idea, convirtiendo a la nación en una abstracción que debe cuestionarse para dar paso, no sólo a una interrelación de países, sino a una visión cosmopolita de los estudios en torno al español. Esto se vería reflejado, además, en el subtítulo que Cuervo le agrega a su obra en la quinta edición de 1907: “*Con frecuente referencia al de los países de Hispano-América*”. Con este elemento paratextual, Cuervo intenta mostrar que su texto, supuestamente dedicado al español hablado en Bogotá, era en realidad una reflexión sistemática sobre los cambios que se estaban dando en la lengua española a nivel mundial. En ese sentido, la centralidad de la nación en las *Apuntaciones*, y el papel del intelectual como figura vinculada

con un proyecto nacional, se va modificando con el desarrollo de Cuervo como estudio de la lengua³.

Algo similar ocurre respecto a su defensa de la tradición hispánica. Como vimos, en el primer prólogo de las *Apuntaciones* se señala la necesidad de aceptar el habla de Castilla como norma ligada a los valores tradicionales que consolidan la patria. Cuervo mantiene esta afirmación en todas las sucesivas ediciones de su texto. Para algunos, esto significa que en la obra del colombiano no hubo un momento de “independencia” frente a la metrópolis, y que su obra no habría alcanzado a defender las particularidades del español americano, y de la cultura del continente, frente a la antigua metrópolis. Sin embargo, una vez más, su evolución intelectual lo llevó a repensar esta posición y a entenderla de forma más compleja. El ejemplo más evidente de este desarrollo se da en su conocida polémica con Juan Valera, uno de los más importantes autores españoles de finales del siglo XIX⁴.

La polémica se inicia a partir de una carta que Cuervo le envía al argentino Francisco Soto y Calvo, autor de un poema titulado *Nastasio*. El colombiano ofrece una crítica muy positiva del texto y, hacia el final, comenta un hecho que llamó su atención: Soto y Calvo le ha dicho que piensa incluir un glosario que le permita a los lectores de otros países comprender mejor su escrito. Ante esto, Cuervo comenta que, para ese momento (1899), él alcanza a percibir con preocupación algunos factores que, con el tiempo, podrían llevar a que los diferentes países de América hablasen lenguas distintas, en un proceso similar al que ocurrió con el latín en Europa. Entre las causas que Cuervo señala están la falta de contacto entre los diferentes países de América Latina al igual que una influencia política y cultural cada vez más tenue por parte de España. Como ejemplo, hablando sobre la influencia de los escritores españoles en América señala que para ese entonces “fuera de cuatro o cinco autores cuyas obras leemos con gusto y provecho, nuestra vida intelectual se deriva de otras fuentes, y carecemos pues casi por completo de un regulador que garantice la antigua uniformidad” (Cuervo 2004: 26).

Esta afirmación ya va mostrando cómo para Cuervo, la influencia de España en América va decreciendo. No sólo dice que hay pocos autores españoles leídos en América; también señala que la influencia lingüística y cultural de España en ese momento es casi nula. Valera responde por primera vez en una carta publicada en el periódico madrileño *El Imparcial*, en 1900. En ella, intenta mostrar que en América no podría suceder lo que ocurrió con el latín. Su principal argumento es que en el continente americano no hay nuevas lenguas que puedan venir a modificar las formas españolas, como ocurrió con las diversas lenguas que modificaron el desarrollo del latín luego de la caída del imperio

³ Un hecho notable es que el propio Cuervo, en la última versión que preparó del prólogo a las *Apuntaciones* (que, como señalamos, aparece en 1935 en la “Selección Samper Ortega”, y luego en la séptima edición de 1939) dejó de lado el primer párrafo que citamos (“Nada, en nuestro sentir, simboliza tan cumplidamente la patria como la lengua”), e inició el segundo apartado del prólogo con el segundo párrafo, quitando su primera oración (“Pero: ¡benéfica influencia de la lengua!”) y comenzando con “La patria, para el que no ha visto más que su aldea...” (Cuervo 1939: II). Este gesto mostraría un distanciamiento creciente en Cuervo respecto a la unión entre sus estudios filológicos y el proyecto de nación.

⁴ Todos los textos de esta polémica, tanto los de Cuervo como los de Valera, están reunidos en el volumen *El castellano en América. Polémica con Juan Valera*, editado por el Instituto Caro y Cuervo en el año 2004.

romano. Su mayor queja, sin embargo, se dirige a la frase de Cuervo que señala que no hay más de “cuatro o cinco autores” españoles que se lean con “gusto y provecho” en América. En su respuesta repite estas palabras una y otra vez, en bastardilla, mostrando que este es el origen de su inconformidad con el texto de Cuervo. Valera, además, escribe varias respuestas al colombiano, que aparecen publicadas en *La Nación* de Buenos Aires en 1900 y en *La Tribuna* de México en 1902. Ante esto, Cuervo responde con dos artículos, ambos titulados “El castellano en América”, que se publican en París, en la revista *Bulletin Hispanique*, en 1901 y 1903 respectivamente.

En el último artículo, Cuervo comienza defendiendo su posición una vez más, desvirtuando algunos de los argumentos de Valera. Su defensa incluye una serie de consideraciones políticas, sociales y culturales que dejan entrever un fuerte distanciamiento de España y una crítica a los intentos españoles por imponer un nuevo orden colonial en América a partir, ya no de la fuerza, sino de la lengua y la cultura. Así, Cuervo relata cómo en un Congreso Hispanoamericano se redactan unas resoluciones que proponen que los jóvenes americanos que visitan Europa vivan algún tiempo en España, y que se enviase allí a los alumnos más aventajados “[...] por vía de recompensa, a las escuelas normales de España, a fin de que sigan algunos cursos de nuestra lengua” (Cuervo 2006: 127). La respuesta de Cuervo es notable:

No es necesario ser lince para ver que esto fue redactado por españoles, y menos para adivinar que el habla americana no les parece muy católica, y eso no por tal o cual palabra que rarísima vez tendrán ocasión de usar fuera de su patria. En lugar de quejarme, agradezco que se haya dado este testimonio en favor de mi opinión; y también sin quejarme añadiré que varios países de América creen que ellos hablan con más corrección que los demás; lo cual meramente quiere decir que notan diferencias notables entre su modo de hablar y el de otros lugares. (127-8)

Es claro que aquí Cuervo no ve propiamente un problema lingüístico. Ve más bien un conflicto de orden político y sociocultural, basado en ideas de valor, poder y prestigio que se entretajan con la lengua. Cada nación piensa que su forma de hablar es la correcta, y que los otros hablan de forma “no muy católica”, si seguimos su formulación. Pero es obvio que, para este momento, Cuervo no piensa que el español de España sea *mejor* o *más correcto* que el de las naciones americanas. La creencia de que la forma de hablar de una nación es correcta o incorrecta no tiene ninguna base científica o lingüística. Corresponde, más bien, al reconocimiento de que los otros hablan de manera distinta, y a una valoración negativa, determinada por razones sociales y políticas, de esa diferencia. Podría pensarse que, a pesar de todo, en este momento Cuervo defendería al español de España como norma. Por el contrario, a continuación da un ejemplo que cómo su “defensa de lo hispánico” tiene fuertes matices. En el siguiente pasaje muestra cómo las valoraciones que se dan a la lengua son relativas a un contexto social y cultural, de tal forma que no es posible decir que un uso al estilo “hispánico” del español siempre es correcto o idóneo. En su ejemplo dice:

[...] si en América un provinciano va a la capital de su nación y quiere probar que ha dejado el pelo de la dehesa, a fin de parecer culto, no pronunciará las *zz* a la española

ni usará frases o voces madrileñas o de otras capitales, porque se le reirían en la cara; sino que se acomodará al uso de la gente culta, por más que ese uso no parezca bien en España, o en otras ciudades de América. (128)

Una breve revisión de las citas anteriores nos debe dar la imagen de un Cuervo muy distinto al hispanista radical y al defensor inquebrantable de la “unidad” de la lengua. En primer lugar, para este momento Cuervo no se somete a ningún modelo abstracto o “puro” de la lengua, sino que señala que hay usos cambiantes de la misma, que dependen de condiciones reales como la geografía, la historia, la diferencia de clases y los contextos culturales en los cuales se habla. Más aún, señala cómo la lengua parece estar vinculada a una serie de valores sociales que, dependiendo de los contextos, pueden ser vistos como positivos o negativos. Por esto, no es lo mismo usar el dialecto culto de España en Madrid que usarlo en Bogotá. Mientras que en la primera ciudad resulta “correcto” y es bien visto, en Bogotá la sociedad lo juzgará como pedante y pretencioso, y lo censurará. El español “ibérico” y el vocabulario culto de Madrid tienen validez en ciertos contextos. En otros, la sociedad los juzgará inadecuados.

Pero quizás el aspecto más interesante de estos pasajes es que Cuervo percibe que detrás de estas valoraciones de la lengua puede haber intereses políticos. Cuando señala que la idea de enviar a jóvenes estudiantes latinoamericanos a España proviene obviamente de españoles, no sólo trata de desvirtuar la idea de que una forma de hablar es mejor que otra, sino que alcanza a indicar que allí se mueven una serie de intereses que podríamos llamar coloniales. La idea de que los jóvenes más estudiosos de América obtengan, a manera de recompensa, un viaje a España a “tomar cursos de nuestra lengua”, le resulta sospechosa: allí se está proponiendo de manera sutil que la élite intelectual americana se eduque en las costumbres lingüísticas y culturales de España. Esto culminaría en una nueva forma de ejercer influencia sobre las antiguas colonias. Cuervo ve claramente que detrás de esa invitación a los jóvenes americanos hay un problema político que merece un análisis detenido. Simultáneamente, está claro que Cuervo está denunciando las formas en las que ciertos grupos humanos ejercen poder frente a otros a partir de ideas falsas (como la idea de un “mejor lenguaje”) en torno a la lengua.

Este gesto, su deseo de analizar las consecuencias políticas de un discurso hispanista como el de Valera, se repite en varias ocasiones en este ensayo. Hacia el final, Cuervo responde a una idea que Valera había presentado en su carta a *La Tribuna* de México en 1902. Allí, el autor español señalaba:

En nuestros días se nota más que nunca la propensión a conservar todo idioma que tiene o tuvo literatura. En algunas de nuestras provincias vuelve a aparecer el catalán; el polaco no desaparece aunque Polonia como nación independiente haya desaparecido, y en checo, y en húngaro, en croata y en serbio vuelve a escribirse como se escribió en lo antiguo. (*apud* Cuervo 2006: 104)

Según Valera, hay ejemplos históricos de países que comienzan a retomar las formas de hablar y de escribir que tenían en el pasado, gracias a la influencia de la tradición literaria y de la lengua escrita. Para Valera, algo similar podría ocurrir en América: se

podría evitar la pérdida de la unidad de la lengua española con la ayuda del modelo culto de la literatura (en este caso, la española) para mantener un castellano “puro” en toda América Latina.

La respuesta de Cuervo es sorprendente por su radicalidad. En primer lugar, pone en duda que la literatura del pasado pueda servir para evitar que la lengua se modifique: “Ni dejaré de indicar (en contra de lo que se me ha opuesto) que los monumentos de las épocas pasadas tienen limitadísima influencia para uniformar un idioma [...]” (135). Más aún, para Cuervo, la lengua escrita debe aceptar la influencia cambiante del habla popular, y no al contrario, como propone Valera: “[L]as lenguas literarias no se forman mediante restauraciones arqueológicas, sino con el sabio empleo del habla corriente: sean testigos la *Divina Comedia*, *La Celestina* y la *Biblia* de Lutero” (134).

Sin embargo, el ataque de Cuervo a los argumentos de Valera no termina ahí, y tiene un sorprendente giro hacia la política. Al final de su ensayo, critica específicamente la comparación de Valera entre la América Hispánica y países como Polonia, Serbia y Hungría, indicando que el paralelo es inexacto. Frente a estas naciones, dice: “Lo que allí se está verificando obedece o a la conciencia de una unidad nacional o a causas políticas que estrechan la simpatía de los individuos, avivan los recuerdos y las tradiciones y hacen más grata la lengua que los atesora” (143). En otras palabras, la recuperación de formas lingüísticas del pasado puede justificarse por razones políticas, vinculadas con una defensa ante el imperialismo; ante un colonizador que obliga a hablar una nueva lengua (como ocurrió con Polonia, forzada a hablar ruso o alemán por sus colonizadores), es posible responder retomando las formas más tradicionales de la propia lengua como un gesto de resistencia. Pero el caso de Latinoamérica es muy distinto:

Aunque se perore y se diga en los congresos literarios, nada de esto existe entre la que fue la metrópoli y las que fueron las colonias. Los españoles miraron siempre con suspicacia y desdén a los americanos, y la arrogancia con que los trataban no fue, en concepto de todos, la menor entre las causas de las guerras de independencia a principios del siglo XIX. (144)

Mientras que en naciones como Polonia el regreso a formas tradicionales de la lengua tiene un importante contenido de resistencia política, en América el retorno a un español “ibérico” y literario sería, más bien, una señal de sumisión colonial. Por esta razón, según Cuervo, ya *no es posible pensar que las naciones latinoamericanas utilicen el pasado hispánico para constituir los vínculos emotivos y conceptuales de una unidad nacional*: “[...] pero, por lo que siento, conjeturo que si hubiera una guerra entre un estado americano y un pueblo de otra lengua, a nadie se le ocurriría evocar los recuerdos de Covadonga o de Lepanto: otros nombres se presentarían para excitar el entusiasmo patriótico” (144). En resumidas cuentas, en este texto, Cuervo ya no ve como viable la idea de que el hispanismo lingüístico y cultural pudiese funcionar como herramienta de cohesión y unidad para las naciones americanas. La respuesta a Valera muestra una serie de cambios en el “hispanismo” de Cuervo. Tras esta polémica vemos que su defensa radical de lo hispánico como norma lingüística y cultural ha sido reevaluada. La tradición hispánica ya no puede cumplir, para Cuervo, una función de cohesión política o cultural para las naciones de América Latina.

Queda, sin embargo, un último aspecto por analizar: la superioridad del español culto por encima de las expresiones populares o regionales. Como señalaba von der Walde, este elitismo fue una herramienta central en la construcción de una “ciudad letrada” excluyente, que deja por fuera a quienes no tienen acceso a las formas “correctas” de hablar. ¿Hay en Cuervo una posición homogénea e inmutable frente a este fenómeno, que se identifica con esta ciudad letrada? ¿Es el filólogo colombiano un defensor absoluto de la norma culta como única manera de hablar que merece ser oída en la sociedad colombiana? En la polémica con Valera ya vimos una inversión interesante: la idea de que el desarrollo de la escritura (culto) debe aceptar los cambios que se dan en el habla corriente. Esta idea ocurre en otros momentos de su obra.

Una vez más, es fundamental leer al filólogo colombiano como un autor que evoluciona, que va cambiando de posición, y no identificarlo exclusivamente con algunos de sus textos. En su vasto epistolario encontramos ejemplos de relecturas interesantes en torno a la norma culta y sus posibles transformaciones. En 1902, Cuervo le dirige una carta a Obdulio Palacio, un antioqueño miembro de la Academia Colombiana de la Lengua, quien le había escrito con algunas dudas gramaticales. Una de sus preguntas se centra en el verbo “haber”, y en su uso impersonal para indicar existencia. Este verbo siempre ha implicado dificultades para los hablantes dado que, según la norma, se debe conjugar siempre en singular, sin importar si se trata de uno o varios objetos (Por ejemplo: *Había* una flor, *había* muchas flores.). Es común entre los hablantes hacer concordar el verbo con el objeto (*habían* muchas flores, *hubieron* muchos heridos) lo cual es considerado incorrecto desde el punto de vista del habla culta. Palacio le pregunta a Cuervo su opinión al respecto y su respuesta, una vez más, es sorprendente.

En un primer momento, Cuervo reafirma su posición científica frente a la lengua, lo cual lo ha llevado a algunas conclusiones inesperadas. Entre estas conclusiones está la radical movilidad de la palabra, que no puede capturarse por normas absolutas: “Viendo que nada ni nadie puede detener el movimiento del lenguaje, he comprobado que cada época tiene sus reglas, y que lo que fue ayer disparate es hoy elegancia” (Cuervo 1972: 341). Por ello, señala que “la gramática representa o debe representar el estado actual de la lengua [...]” (341). El objetivo de la gramática como estudio de la lengua, por lo tanto, no sería prescriptivo. Su función central no sería la defensa de una norma, sino la descripción sistemática de cómo se está hablando en un determinado momento histórico. Este giro de Cuervo, su movimiento desde lo normativo a lo descriptivo, cuestiona la primacía absoluta de una norma culta y así, la capacidad del gramático de excluir, censurar o silenciar a quienes hablan de maneras “incorrectas”. Una vez se adopta esta posición epistemológica, el gramático no debe ser ni política ni intelectualmente excluyente: toda forma de hablar hace parte de su objeto de estudio (“el estado actual de la lengua”) y debe ser oída y analizada. Esta forma de pensar que cuestiona el carácter normativo de los estudios lingüísticos tiene una aplicación particular cuando la carta retoma las dificultades del verbo *haber*. Allí, Cuervo señala que respeta a los gramáticos, pero piensa que “consideraciones exclusivamente teóricas no autorizan para separarse del uso comúnmente recibido” (343). Así, al escuchar atentamente el habla común, Cuervo afirma que hay buenas razones para decir “habían fiestas” (343). El problema no es que esta frase sea “objetivamente errónea”, dado que es comprendida por todo el que la oye. Es de otra índole:

[...] y sin embargo, con ser común decir *hubieron*, *habían*, tal locución es *hoy mal vista* entre los más, y eso basta para que uno la evite al escribir. Figurémonos que en virtud de la razón sicológica se vaya extendiendo el *hubieron toros* y que al final queden pocos que digan *hubo*: aquello será lo gramatical.

Estará usted pasmado de mi laxitud, y debo confesar a usted que la he aprendido en el estudio de la lengua misma. (344)

Es fundamental realizar una serie de extrapolaciones culturales y políticas que estarían implícitas en este cambio de posición. En teoría, la relación entre gramática y poder en Colombia y su “ciudad letrada” implica la posibilidad de usar los estudios filológicos para determinar quién tiene derecho a hablar y quién no en el ámbito político, a partir de ideas como “corrección” o “pureza” en el ámbito de la lengua. Sólo así es posible convertir el estudio de la lengua en una herramienta de poder y de exclusión. La “laxitud” de Cuervo, ganada con los años y con la observación sistemática y rigurosa de la lengua, lo distancia de esta posición. Todo lenguaje está en constante cambio, y por esto, no hay una única forma “correcta” de hablar. Cuervo habría alcanzado a percibir, por lo tanto, que no hay ninguna justificación científica para determinar la inferioridad o la “impureza” de unas formas de hablar frente a otras. Estos sistemas de exclusión, cuando existen, se justifican desde el poder y las prácticas sociales, no desde el estudio científico de la lengua.

La posición normativa del gramático, central para la fundación de la “ciudad letrada” descrita por Deas y von der Walde, va cediendo en Cuervo para dar paso a una nueva posición ante el fenómeno lingüístico. Este no es un cambio menor. En palabras de Juan Ennis y Stefan Pfänder, autores de uno de los más recientes ensayos en torno a Cuervo, en su obra habría un “(...) ascenso del hispanoamericano a la filología, desplazando su lugar de enunciación de la normatividad académica o el discurso programático más o menos *diletante* a la especificidad descriptiva que sostiene el prestigio de la lingüística moderna” (2009: 188). Este posicionamiento científico de Cuervo le permite entender, luego de prestar atención a los usos reales de la lengua, que la gramática no puede servir como mecanismo de exclusión (quién habla bien y quién no, quién tiene derecho a ser oído y quién no) puesto al servicio de una élite. Su función es distinta, como señalan una vez más Ennis y Pfänder:

Sin embargo, el giro implementado por Cuervo en su desplazamiento del deseo normativo a la observación y el pronóstico descriptivos parece operar un deslinde en el cual ya no es una política de la lengua como elemento decisivo en el ordenamiento jerárquico de la comunidad nacional o panhispánica lo que está en juego, sino la afirmación de la especificidad y autoridad de un campo diferenciado y su posible autonomía con respecto al poder. Si bien esta autonomía puede observarse como altamente relativa, su mera postulación supone una novedad en el campo de los estudios filológicos en Hispanoamérica. (2009: 189)

El resultado final de este trabajo es simple. En muchas ocasiones, Cuervo ha sido leído de manera homogénea tanto por sus admiradores como por sus críticos. Ambos ban-

dos parecen coincidir en la imagen de un Cuervo esencialmente normativo, cuya única meta era mantener la pureza unificada e hispánica de la lengua, todo ello al servicio de un proyecto nacional específico. Tal mirada lo vincula inmediatamente con la imagen de una ciudad letrada cerrada, conservadora, excluyente. Una mirada más amplia a sus textos muestra un desarrollo intelectual muy diverso y un papel más bien atípico dentro de esta comunidad intelectual. Al adentrarse en una mirada sistemática de la lengua, Cuervo se centra en el cambio como ley fundamental del lenguaje. Ese cambio constante no admite la idea ni de una unidad pura de la lengua, ni de una posición exclusivamente normativa ante su estudio. Al cuestionar esa posición normativa, Cuervo también pone en duda la posibilidad de que una élite pueda consolidar, desde una aproximación científica a la lengua, una posición de poder basada en la idea de un español “puro” o “correcto”. Está claro que un grupo de poderosos puede hacer un uso (ilegítimo) de los estudios filológicos para sus propios fines, bajo la premisa de que existen usos “incorrectos” de la palabra que deben ser excluidos del diálogo político. Sin embargo, Cuervo revela que esa posibilidad es insostenible desde un estudio sistemático y científico del lenguaje. Si el final del siglo XIX colombiano implicó la consolidación de una “ciudad letrada” basada en un uso excluyente de los estudios filológicos, Cuervo, el centro intelectual de esa comunidad, demostró las paradojas e inconsistencias de estos mecanismos de exclusión. La herramienta de poder de esta élite, la gramática, ya era más compleja de lo que ellos esperaban, y esta complejidad es legible en el trabajo del filólogo bogotano. Esta lectura menos homogénea de Cuervo mostraría tanto los notorios cambios en su pensamiento como las contradicciones y las tensiones propias del proyecto político y cultural de la Regeneración y de su “ciudad letrada” a finales del XIX colombiano.

BIBLIOGRAFÍA

- CUERVO, Rufino José (1867-1872) *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* (1era edición). Bogotá, A.M. Guarín.
- (1885) *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* (4ta edición). Chartres, Durand.
- (1905) *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano. Con frecuente referencia al de los países de Hispano-América* (5ta edición). París, Roger y Chernoviz.
- (1939) *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano. Con frecuente referencia al de los países de Hispano-América* (7ma edición). Bogotá, El Gráfico.
- (1972) *Epistolario de Rufino José Cuervo con los miembros de la Academia Colombiana*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
- (1974) *Epistolario de Ángel y Rufino José Cuervo con Rafael Pombo*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
- (1987) *Obras, Tomo II. Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
- (2004) *El castellano en América. Polémica con Juan Valera*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.

- DEAS, Malcolm (2006) *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Bogotá, Taurus.
- ENNIS, Juan; PFÄNDER, Stefan (2009) “La unidad de la lengua y la irrupción de la lingüística: el caso Cuervo” [en línea]. *Revista argentina de historiografía lingüística*. I(2): 175- 194. [http://www.rahl.com.ar/Revistas/II%20-%202009/ennis&pfaender-RAHL-\(2\)2009.pdf](http://www.rahl.com.ar/Revistas/II%20-%202009/ennis&pfaender-RAHL-(2)2009.pdf) [12.04.2011].
- RAMA, Ángel (1998) *La ciudad letrada*. Montevideo, Arca.
- SANTOS MOLANO, Enrique (2006) *Rufino José Cuervo, un hombre al pie de las letras*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
- VON DER WALDE, Erna (1997) “Limpia, fija y da esplendor: El letrado y la letra en Colombia a fines del siglo XIX”. *Revista Iberoamericana* (Pittsburgh). LXIII(178-179): 71-83.
- (2002) “Lengua y poder: el proyecto de nación en Colombia a finales del siglo XIX” [en línea]. *Estudios de lingüística del español* (EliEs). 16. <http://elies.rediris.es/elies16/Erna.html> [12.02.2011].